

LOS NUEVOS OBJETOS URBANOS

No hace mucho, alguien que no recuerdo calificó la torre de comunicaciones que se ha construido en la Moncloa de Madrid, como un objeto horroroso. Desde su punto de vista, sin duda convencional, probablemente tenía razón. Si algo empieza a ser necesario en nuestro entorno construido es dar paso a la creación de nuevos lenguajes y nuevas experiencias que en muchos casos pasarán por ser calificadas como lo ha sido nuestro "faro". La fealdad puede ser símbolo de ella misma o del paso hacia una nueva estética o hacia otros criterios de valoración. Nada es tan horrible en nuestros días como la suma de bellos objetos con las que se componen las ciudades actuales. Nada es tan preocupante como la ceguera de los arquitectos y urbanistas hacia los graves problemas funcionales y humanos que afectan a estos inmensos conjuntos construidos, en los que la escala de su extensión convierte en una broma pesada cualquier criterio de valoración en términos convencionales o clásicos de belleza. Son por lo tanto los nuevos académicos los que creen posible reducir las nuevas experiencias dentro de un estrecho marco de apreciación.

Son ellos también los que se niegan a ver, los que cierran las ventanas frente al fantasma de las nuevas necesidades, de los gritos más exigentes de renovación, de estudio e investigación del hábitat humano. La arquitectura se recluye en un mundo privado de galería de arte y traiciona sus orígenes reales. Los nuevos objetos, los que pretenden hablar de otro modo de ser en la ciudad son juzgados con los patrones de una cultura de la belleza que es preciso abandonar, utilizada quizás como cortina de humo en la que se mezclan los viejos de una época con sus mismos discípulos despistados y confusos. Sin entender la necesidad real de investigar y de buscar desde la ciencia y la comprensión más global de la sociedad nuevas soluciones, nuevos sistemas de vivir, nuevas ciudades en las que el sentido estético adoptará otros caminos. Se ha hablado de una nueva ilustración, que se presentará en el campo científico con un cierto carácter revolucionario. No cabe duda que la palabra investigar alcanzará un nuevo valor, ligada quizás a su papel de búsqueda incluso dramática de las soluciones que todos exigimos, como ha ocurrido tradicionalmente en la historia de la humanidad.

El urbanismo ha abandonado hoy la investigación de nuevos modelos de ciudad. La crítica arquitectónica no se plantea tampoco el problema. Una confusa cultura de la conservación ha contribuido aún más a despistar sobre los verdaderos objetivos. Se destruye de este modo el legado histórico intentando desesperadamente su reutilización con usos incompatibles y poco o nada se hace por incorporar nuevas soluciones urbanas y arquitectónicas a la vieja ciudad. Es preciso plantearse el fin de la utopía del conservacionismo ciego y el fin de la ciudad antigua.

La utilización de técnicas, materiales y sistemas contemporáneos son una tarea fundamental en el desarrollo de una cultura que se definirá con nuevos criterios estéticos, porque incluso la idea de arquitectura que hoy manejamos o el papel que el arquitecto puede asumir dependerá de cual sea su participación en la definición de nuevas respuestas a los angustiosos problemas presentes.

Salvador Pérez Arroyo